

LUIS C. LOPEZ

En Cartagena de Indias, la ciudad muy heroica fundada por don Pedro de Heredia y magníficamente cantada por uno de sus descendientes, el sumo artifice de los Trofeos, vive el poeta acaso más original de Colombia: Luis Carlos López.

Sin tener ninguno de los defectos o, si lo preferís, de las cualidades que hacen a un cantor popular, López ha logrado imponerse a los gustos rutineros de la mesocracia leyente, y hacer saborear con delectación por paladares habituados a los empalagosos jarabes de esa literatura amerengada, tan del agrado del público, los platos fuertemente condimentados de su arte acre, realista, y a veces brutal.

El idealismo convencional, la falsa sensiblería, la hipertrofia del yo y las eternas actitudes elegíacas de nuestros vates románticos, continuadores de la tradición de Espronceda y Bécquer, tenían forzosamente que producir una reacción contra su obra; reacción encaminada a buscar la fórmula de una poesía más en relación con las realidades de la vida y menos personal y plañidera que la de aquellos prohombres del lirismo desbordante y sensiblero. Esa reacción, iniciada entre nosotros por Silva con sus *Gotas Amargas* —la parte más interesante y propia, en mi sentir, de la producción del gran bardo suicida— ha hallado su campeón, su representativo más caracterizado en el cantor cartagenero.

La originalidad de éste reside, antes que en las ideas —no hay originalidad posible en lo que se refiere a las ideas, pues todo está dicho ya—, en la manera de expresarlas, en la forma poética. Semejante en eso a Banville, aunque éste se mantuvo siempre dentro de la tradición clásica y López la mira con soberbio desdén. El bardo de Cartagena es un funámbulo verbal, un prestidigitador lírico que baraja ritmos y metros con rara destreza. Hostil a los largos poemas, prefiere vaciar sus ideas y sus impresiones en poesías breves —dos, tres, cuatro estrofas— brevedad que hace tanto más intenso el efecto que el poeta se propuso producir en el ánimo del lector, cuanto la atención de éste no se dispersa sobre un gran número de estrofas. De ahí que algunas de aquellas poesías, sobre todo las de género pictórico, den la impresión, no de descripciones hechas por medio de detalles sucesivos, sino de cosas pintadas, a las cuales se puede abarcar de un solo golpe de vista. Además, y a fuero de artista docto y consciente,

López, al describir un paisaje, desdeña en él los rasgos generales que lo asemejan a todos los paisajes del mundo, y se sirve solamente del detalle característico, idiosincrásico, que le da, si así puede decirse, una personalidad única, un sello incofundible. Sus evocaciones tienen, por eso, una extraordinaria potencia descriptiva. Hé aquí, como ejemplo, una verdaderamente encantadora, porque posee la suavidad de colorido de esos paisajes de acuarela que se destacan sobre la seda —rosa o azul pálido— de un abanico:

*Una fragilidad de mariposa  
tornasolada en abanico; el cielo  
de un rosado impoluto, de sedosa  
tonalidad, como de terciopelo.*

*Una garza, en el dombo azul y rosa,  
rima la aristocracia de su vuelo,  
y en esa blanca fuga silenciosa  
finge el último adiós de tu pañuelo.*

La mayor parte de los devotos del cantor cartagenero ven en él un poeta regocijado, y se solazan con sus posturas difíciles de acróbata y con sus desplantes clownescos, sin darse cuenta de que, bajo su pintarrajeado disfraz de payaso banvillesco, se oculta un desencantado de todo, un misántropo esplénico y cruelmente burlón. Acabo de recorrer los dos libros de versos publicados por él en España (De mi villorrio. Posturas difíciles), y todavía bajo la impresión de esa lectura, trato en vano de explicarme cómo un poeta que nació y ha vivido siempre en una ciudad ante la cual se dilatan los límites horizontes azules del Atlántico, del mar de sentimientos y pasiones, ha podido crear una obra tan vacía de sentimiento y pasión; una obra seca y glacial que da la impresión de haber sido escrita por su autor como quien ejecuta una venganza, en el ambiente gris y asfixiante de un rincón de provincia, de un lugarejo “intonso y asnal” con su “alcalde de sucio jipijapa”, su barbero librepensador a lo M. Homais, su cura con canijo cuello de ganso, y su rebaño de ventrudos burgueses ineptos y bajamente egoístas. Naturalmente, en esa atmósfera de rutina y modorra, el amor, las prácticas religiosas, la vida social, todo se empequeñece y cobra ridículos visos de caricatura. Se dijera que el poeta, condenado a compartir esa existencia insípida, experimenta un goce cruel y malévolo, casi sádico, en relieves sus prosaísmos y sus vulgaridades. Palpita en los libros de López mucho de aquel rencor que impregna las páginas de *Bouvard et Pecuchet*, la novela póstuma de Flaubert, quien quiso hacer de ella algo como la Biblia, como la epopeya definitiva de la estúpida burguesía. Porque el poeta cartagenero es, antes que nada, un satírico a lo Swift, un acre pesimista para quien el mundo es el espectáculo que se da así mismo una divinidad tocada de idiotiez. Su aborrecimiento por la burguesía desborda sobre la humanidad entera, rebaño pánurgico, embrutecido por la rutina y arrastrado a veces hasta el sacrificio por la minoría de bribones con talento que lo esquilman y explotan:

*Se salió de plomada  
la colectiva estupidez, camino  
del rebenque, del tajo y la picota...*

*Apóstol del derecho, un petardista  
de frac y cubilete,  
volcó sobre la turba  
de los descamisados  
todo un cajón de frases.*

*Su discurso  
causa fue de apoplético entusiasmo,  
que tuvo que sangrar tranquilamente  
la científica guardia pretoriana  
con el fusil y con la bayoneta.*

*Y yo, del caballete de un tejado,  
miré la rebujiña  
—como no soy apóstol del derecho—  
con toda la frialdad de un erudito...*

La visión tediosa que López tiene de la existencia pueblerina, me ha hecho recordar dos libros tan artísticamente bellos como opuestos en inspiración: *El Pueblo gris*, de Santiago Rusiñol, y *Los Pueblos* de Azorín. El donoso humorista catalán nos conduce al lugarejo de sus antipatías, y con su potente don evocativo de hombre avezado a manejar el pincel lo mismo que la pluma, nos pinta su atmósfera de murria y vulgaridad; sus estrechas callejas herbosas por donde se va a parar indefectiblemente a la plaza, tómesese el rumbo que se tomare; sus viejas brujescas cuya faz ganchuda tiene ya el color de la tierra de fosa, su loco, su sabio y sus innumerables legiones de moscas importunas. Azorín, por el contrario, halla en la vida parroquial un adorable y recóndito encanto; ¿no están hechas acaso las pequeñas aldeas para las grandes felicidades? y, con su indulgente bonhomía, nos lleva a un pueblecín coqueto y apacible, y evoca a nuestros ojos sus casonas claras y soleadas con flores y colmenas, sus hidalgos nobles y bondadosos, sus muchachas románticas que tocan en el piano vales anticuados y leen versos de amor, y sus blancos caminos donde, en los atardeceres rosas, se escucha el ladrido de los perros, el retintín de las esquilas y el chirriar de los carros que retornan con su carga bienoliente de henos recién segados... ¿Se dirá que se trata de dos pueblos distintos? No, es el mismo visto al través de la lente de dos temperamentos distintos. Rusiñol, a semejanza del portalira cartagenero, lo mira con los ojos del humorista satírico, y Azorín con los del poeta. Ahora bien: el que es poeta de verdad posee el encantador privilegio de revestir los seres y las cosas, aun los más humildes y prosaicos, con el feérico ropaje de su propia fantasía; mas para ello se necesita tener un íntimo sentimiento de nuestra hermandad con todo lo que nos rodea y un don de fevorosa simpatía de que carece el bardo de Cartagena.

De ahí en gran parte, la impresión de sequedad y desconsuelo que se desprende de su obra, impregnada de un pesimismo acerbo, rayano en el nihilismo. Para los que no van al fondo de las cosas, López es un apóstol de la risa sana, un Anacreonte rústico, cantor de los vinos añejos, del yantar opíparo y de las

*mozas de carne dura, de corazón muy tierno...*

Mas, rastread un poco en su espíritu, y veréis cómo esa visión risueña de la vida encubre un desdén trascendental, un espantoso vacío de nobles ideales consoladores. La risa de López, zumbona, seca, cruel, es la risa del hombre que ha palpado la infinita vanidad de todo, del epicúreo para quien nada existe de tejas arriba, y cuya filosofía podría concretarse en ese *gaudeamus igitur* que el viejo Renán, en el supremo desencanto de sus postreros días, expuso como la síntesis de la sabiduría humana en su siniestro discurso a los estudiantes de París. El bien, la virtud, el sacrificio de sí mismo a los demás, el monástico desasimiento de los humanos, que exige toda grande obra en quien ha de realizarla, son fórmulas huecas, espejismos falaces que alejan a los tontos y a los incautos de la muelle senda de los placeres fáciles. El libro de López podría tener como epígrafe la burlona oración de Heine, con quien tiene más de un punto de contacto: "Salud y un suplemento de dinero, hé ahí, Señor, todo lo que te pido".

En vano, pues, es buscar en la obra de López la expresión de una idea, de un sentimiento que se levante un palmo sobre el polvo de la tierra. Toda ella es un desierto árido en que solo medra la amarga retama del más crudo materialismo. Un ejemplo. Para determinar la orientación filosófica de un escritor, su visión triste o alegre de la vida y del mundo, basta quizás conocer su criterio del amor. Pues bien: para el bardo cartagenero ese sentimiento más fuerte que la muerte, loado en una página de sublime idealismo por el solitario de la Imitación, es solamente algo que depende del buen o mal funcionamiento digestivo de quien lo experimenta:

*Se vive, amada mía,  
según y cómo... Yo  
por la mañana tengo hipocondría,  
y por la noche bailo un rigodón.*

*¿Y qué? Pura ironía  
del hígado, muchacha. En el amor  
y en otras cosas de mayor cuantía,  
todo depende de la digestión.*

Mas, no es esto todo. López parece desconfiar del sentimiento y de la emoción, que cuando son verdaderos le comunican al verso su más deleitosa fragancia; y, si por rara excepción, se llega a escapar en sus estrofas un brote ligeramente sentimental, se aplica a sí mismo como correctivo el duchazo de agua fría de un comentario cruel y burlón. Y sin embargo, la poesía, considerada en su más íntima esencia, es emoción, ya pasional, como en Musset, ya noblemente intelectual, como en Leconte de L'Isle. Solo que en esa emoción nada tiene que ver, afortunadamente, con la sensiblería retórica de nuestros poetisos tropicales, quienes han abusado a tal extremo de las declamaciones lloronas, que uno llega a complacerse en la impasibilidad flemática y en la aridez de los versos del bardo de Cartagena.

Sea como fuere, López es un extraordinario artista, que a nadie imita, ni a nadie se parece. Bastaría para su originalidad haber sido quizás quien primero reaccionó contra la desproporción existente en nues-

tra exuberante producción tropical, entre el sentimiento del poeta y la expresión literaria, siempre exagerada, de aquel mismo sentimiento. Leed, por ejemplo, los versos de Flórez, ese gran romántico retrasado, y advertiréis al punto que, muy frecuentemente, los sentires más banales —un amor efímero, la pena causada por un desdén mujeril— se hallan exteriorizados con una vehemencia lírica que no guarda relación alguna con la insignificancia de ellos, lo que resulta ligeramente cómico. El dulce Goldsmith, burlándose de esa tendencia, le escribía a su amigo el doctor Johnson, asaz aficionado a agrandar las cosas más insignificantes: “Convenid, doctor, en que si le otorgáseis el don del habla a los animales, haríais hablar a los pececillos como si fuesen ballenas...”. En la obra del poeta de Cartagena, por el contrario, jamás se halla un período grandilocuo ni una exageración de mal gusto.

En todo caso, es imposible no reconocer en López un extraordinario talento artístico. Su obra, desconcertante en muchas de sus partes, es de esas obras que inspiran ya profundas antipatías, ya entusiasmo fervoroso; pero que jamás son miradas con desdén. ¿A qué mejor galardón puede aspirar un artista orgulloso?